

LA INTERVENCION DE RUSIA

La intervención de Rusia EN LA Guerra civil española

GUERRA CIVIL ESPAÑOLA



La intervención de Rusia en la guerra civil española, por el profesor de Historia de la Universidad de Madrid, don Juan Vial, es un estudio de gran interés que analiza el papel de la Unión Soviética en el conflicto. El autor examina el apoyo ruso a la República y el impacto de la guerra en el mundo.

La intervención de Rusia en la guerra civil española, por el profesor de Historia de la Universidad de Madrid, don Juan Vial, es un estudio de gran interés que analiza el papel de la Unión Soviética en el conflicto. El autor examina el apoyo ruso a la República y el impacto de la guerra en el mundo.

por

LUIS ARAQUISTAIN

La intervención de Rusia en la guerra civil española, por el profesor de Historia de la Universidad de Madrid, don Juan Vial, es un estudio de gran interés que analiza el papel de la Unión Soviética en el conflicto. El autor examina el apoyo ruso a la República y el impacto de la guerra en el mundo.

La intervención de Rusia en la guerra civil española, por el profesor de Historia de la Universidad de Madrid, don Juan Vial, es un estudio de gran interés que analiza el papel de la Unión Soviética en el conflicto. El autor examina el apoyo ruso a la República y el impacto de la guerra en el mundo.

1958 *Allega del gran español a Rusia*

En septiembre de 1958, el primer ministro de España se reunió con el primer ministro de la Unión Soviética en Moscú. Este encuentro fue un momento clave en las relaciones entre España y Rusia durante la guerra fría.

La intervención de Rusia en la guerra civil española

¿QUÉ SE LE HABÍA perdido a Rusia en la remota España? Los españoles guardaban mal recuerdo de sus relaciones con el imperio ruso. Tatistchef, embajador del zar Alejandro I de Rusia en Madrid desde 1814 hasta 1820, trama uno de los negocios más escandalosos que registra la historia. Por iniciativa suya, el gobierno ruso vende al español unos buques de guerra, cinco navíos de línea y tres fragatas, en 13.600.000 rublos, 17 millones de pesetas oro al cambio de entonces. Los barcos se destinaban a someter a las sublevadas colonias españolas de América; pero eran tan viejos e inservibles que hubo que desguazarlos en el arsenal de Cádiz, adonde habían arribado, y fué un milagro que no se hundieran en el camino. También por obra de Tatistchef, en 1816 se adhirió secretamente a la Santa Alianza el rey felón Fernando VII de España, el cual recabó en 1823 la intervención de ese sindicato de monarcas para destruir el gobierno constitucional español y restaurar el absolutismo. Como se sabe, el creador de la Santa Alianza fué el zar Alejandro, a quien España le debió el restablecimiento de la tiranía de Fernando VII y el saqueo de su erario con un negocio fraudulento.

La intervención rusa en 1936 parecía, ciertamente, de signo contrario a la de la Santa Alianza en 1823. El gobierno soviético apoya al gobierno de la República española, aunque no con mucha prisa. Los primeros tanques rusos hacen su aparición en el frente de Madrid el 28 de octubre, y los primeros aviones rusos, el 11 de noviembre. La rebelión militar había comenzado el 18 de julio, y los facciosos reciben los primeros aviones italianos y alemanes a fines de ese mes, tres meses largos antes del arribo de los rusos. Es verdad que entre Rusia y España no había relaciones diplomáticas. La República española había reconocido a la Unión Soviética en 1933; pero no se nombraron embajadores. El

primer embajador ruso, Rosenberg, llega a Madrid a fines de agosto de 1936, dos meses antes de que fuera visto el primer armamento soviético en España. Por las trazas, la guerra española, en sus comienzos le interesaba poco a Stalin. Era natural. En España, país de fuerte tradición socialista y anarquista, el comunismo era insignificante, no tanto por ser comunista como por ser un partido al servicio de una potencia extranjera. Era quimérico pensar en una España soviética. La guerra española sólo le servía a Rusia al principio como un tema de propaganda contra el fascismo italo-alemán.

Pero cuando las potencias occidentales organizaron el comité de no intervención y prohibieron la venta de armas a los dos bandos combatientes, la guerra abrió insospechadas perspectivas para la Unión Soviética. Lo que Italia y Alemania estaban haciendo con los insurgentes, venderles armas a ciencia y paciencia del comité de no intervención, Rusia podía hacerlo también con los republicanos españoles. Los rusos, como los alemanes sobre todo, empezaron a ver un posible negocio en la guerra de España. No un negocio a crédito y por lo tanto aleatorio, como fueron las ventas italo-alemanas al general Franco, sino contante y sonante. El Estado español era relativamente rico. Sólo las reservas del Banco de España ascendían a unos 5.000 millones de pesetas oro.

Entrega del oro español a Rusia

En septiembre de 1936, el gobierno republicano decidió sacar el oro de sus depósitos en el Banco de España. Se temía que las fuerzas facciosas entrasen en Madrid y se apoderasen de tesoro tan necesario para sostener la guerra. El primer traslado se hizo a Cartagena, puerto del Mediterráneo. Pero en Cartagena también corría peligro, según cuenta Julio Alvarez del Vayo,

entonces ministro de Estado (1). La « Columna de Hierro », que merodeaba por la retaguardia republicana, había tenido conocimiento del transporte del oro y se dirigía desde Alicante hacia Cartagena. Para evitar un golpe de mano de esos incontrolados, el oro fué expedido a Rusia.

Vayo es el primero en dar pormenores de esta operación. Las conversaciones sobre la transferencia a Rusia de este gran vellocino de oro se inician con el agregado comercial soviético Winzer y luego se continúan con el embajador Rosenberg. El convenio lo firman Francisco Largo Caballero, jefe del gobierno republicano, y Rosengolz, comisario de Hacienda de la Unión Soviética. No dice Vayo la fecha precisa en que comenzaron las negociaciones y se firmó el acuerdo, datos que hubieran sido útiles para conocer al detalle la historia de este asunto, aún incompleta. Del documento se hicieron tres copias: una para el gobierno ruso, otra para el gobierno español, que guardaba Largo Caballero y que no fué hallada en sus archivos de presidente del consejo de ministros al dejar él este cargo, y otra que apareció más tarde en la embajada española de Moscú, que es la que recogió el Dr. Juan Negrín al suceder a Largo Caballero en la jefatura del gobierno en mayo de 1937 y la que por lo visto le fué entregada al gobierno del general Franco a la muerte de Negrín.

El traslado del oro fuera del Banco de España —sigo el relato de Vayo— se hizo por acuerdo de todo el gobierno, que al mismo tiempo autorizó a Negrín, entonces ministro de Hacienda, para que lo depositara donde le pareciera más seguro. El acuerdo de enviarlo a Rusia lo tomaron exclusivamente Largo Caballero y Negrín. De ello fué informado Manuel Azaña, Presidente de la República. Y como el transporte había de hacerse por mar, también fué informado Indalecio Prieto en su calidad de ministro de Marina y del Aire, el cual se ocupó personalmente de que un convoy de buques de guerra diese escolta hasta la altura de Túnez a la preciosa carga. Vayo no menciona la cantidad del oro exportado. Fueron —me consta por haber visto el recibo del embajador de España en Moscú—, en números redondos, 510 toneladas, o sea, al valor del oro en aquel tiempo, unos 2.500 millones de pesetas oro, la mitad aproximadamente de la reserva total del Banco de España. La mercancía desembarcó en Odesa, puerto ruso del mar Negro, y de allí fué llevada al Grosbank en Moscú.

Se repetía la leyenda de los argonautas griegos, pero algo modificada. Ellos atravesaron el

Helesponto (los Dardanelos de ahora) y el Ponto Euxino (el mar Negro, para recalar en Cólquida, donde estaba oculto, vigilado por un dragón insomne, el vellocino de oro de un morueco, a cuya busca y captura se habían lanzado a bordo del *Argo*. Los argonautas españoles hicieron en parte la misma ruta, cruzaron los Dardanelos y el mar Negro, pero no para recobrar la mezquina lana áurea de un carnero, sino para confiar al dragón una cantidad de oro tan grande como no la conocieron ni Midas, ni Creso, ni los propios conquistadores españoles de América, aun sumando todo el oro que durante tres siglos extrajeron de aquel Continente. El nuevo dragón, bien despierto también, era Stalin, cuya Georgia nativa no cae muy lejos de la Cólquida de los antiguos argonautas.

Todo ello nos parece hoy una increíble novela de aventuras en torno de un tesoro que, por su desusada magnitud, es infinitamente más fabuloso que el del vellocino. Yo no recuerdo en toda la historia humana, ni aun en el mundo de las invenciones poéticas, un caso de tal desprendimiento en quienes entregaron el oro, ni de tal confianza en quienes lo depositaron. Durante la segunda guerra mundial, algunos gobiernos refugiados en Londres acarrearón consigo sus erarios nacionales. Pero no se separaron de ellos, los tuvieron siempre al alcance de su mano y nunca necesitaron de una autorización del gobierno británico para disponer libremente de lo que era suyo. La ocurrencia de que un país capitalista como la España republicana depositase su tesoro en un país comunista y tan lejano como Rusia, choca tanto con todas las normas de la razón y de las relaciones entre Estados, que sólo algún motivo muy poderoso podría explicarla.

Las explicaciones oficiales u oficiosas que se han alegado para justificar aquel acto sin precedentes son bien conocidas. El gobierno español, se ha dicho, no podía depositar su oro en Inglaterra ni en los Estados Unidos, por la hostilidad que sus gobiernos manifestaban públicamente por la causa republicana. En Francia había un gobierno amigo, presidido por León Blum, un socialista; pero dada la poca estabilidad política de ese país, otro gobierno hostil podía sucederle y en tal caso se hubiera corrido el riesgo de que el oro español, si lo reclamaba Franco, como reclamó en el curso de la guerra depósitos anteriores, quedara congelado en el Banco de Francia.

Todas estas explicaciones son razonables. Pero en el mundo occidental había más países que esos tres. Había uno que, en punto a seguridad y secreto bancario, ninguno le supera. Me refiero a Suiza. En las grandes crisis internacionales, Suiza es el refugio por excelencia del capital público y privado de otros países,

(1) Julio Alvarez del Vayo: *The Last Optimist*, Nueva York, 1950, páginas 280-287.

debido no sólo a su gran solvencia bancaria, sino también a su neutralidad perpetua, proclamada y garantizada por las potencias europeas en 1815 y respetada por todas hasta la fecha, no tanto quizá por su respeto a un tratado de derecho internacional, como por saber que tras él hay un pueblo en armas decidido a morir por su independencia. Lo sabía Hitler y por eso fué Suiza la única nación del centro de Europa que no osó invadir en la segunda guerra mundial. ¿Por qué no se depositó el oro español en este país invulnerable? No lo sabemos.

Méjico brindaba también buenas garantías a la República española. Lo presidía a la sazón el general Lázaro Cárdenas, el amigo más leal que tuvo la causa republicana entre los gobernantes de aquel tiempo y hombre además de una integridad intachable. Ningún republicano español podía desconfiar de él. Ni desconfiaba Negrín, puesto que después de la guerra de España expidió a Méjico ciertos bienes incautados por el gobierno español. ¿Por qué no los expidió a Rusia, como había hecho con el oro en 1936? ¿Por qué en 1936 no envió el oro a Méjico, como hizo con los bienes aludidos en 1939? Tampoco lo sabemos.

Yo no encuentro más que dos razones que pudieran explicar la gravísima decisión de remitir el oro a Rusia. Una de fuerza mayor: que el gobierno ruso exigiera ese depósito como garantía de pago del armamento que el gobierno español le pedía angustiosamente. No se lo diría así, rudamente, como yo acabo de expresarlo. No es ése el lenguaje de la diplomacia soviética, dúctil y suasoria como la que más cuando quiere serlo. Los negociadores rusos les harían ver a los inermes e impacientes españoles, con las palabras más insinuantes y las sonrisas más cautivadoras, los peligros de no sacar el oro de España, los riesgos de depositarlo en cualquier país capitalista y las ventajas en cambio de confiárselo a Rusia, país invulnerable donde el gobierno y el pueblo estaban unánimes, en cuerpo y alma, con los republicanos españoles. Entre la insinuación delicada y el armamento ruso que no acababa de llegar al cabo de tantas semanas de desesperante espera—seguramente el primer pedido le fué hecho al embajador Rosenberg el mismo día que se presentó en Madrid—, los negociadores españoles debieron comprender sin mucho esfuerzo mental que los diplomáticos soviéticos les ponían en este dilema: o España expedía el oro a Rusia o Rusia no expedía ningún material de guerra a España.

Si se desecha esta explicación, si no hubo exigencia leonina por parte de Rusia, entonces no tenemos más remedio que suponer que los republicanos españoles obraron por un motivo de extrema desesperación: que daban la guerra por

perdida apenas comenzada y que urgía salvar el oro a la espera de circunstancias internacionales más propicias. Con ese fin, el único país seguro era Rusia, pues sólo ella no reconocería el régimen de Franco y por lo tanto le negaría el derecho de reclamarle el oro (luego se ha visto que el gobierno ruso no ha sido el único en no reconocer a Franco: tampoco lo ha reconocido Méjico). Como estoy seguro de que Largo Caballero, de quien yo era por entonces amigo muy íntimo, no se hallaba en tal estado de desesperanza en cuanto al desenlace de la guerra, y me cuesta mucho trabajo también imaginar presa de tal abatimiento a Negrín, a quien conocía aún más íntimamente que a Largo Caballero, no me queda otra alternativa que volver a la hipótesis de la coacción soviética, como única explicación racional, o declarar simplemente que la entrega del oro a Rusia fué una locura de todo punto inexplicable.

El hecho es que, cualquiera que fuese el motivo verdadero de tan extraño depósito, la Unión Soviética se encontró de pronto, como llovido del cielo, con un capital de dos millares y medio de millones de pesetas oro. Era el negocio más redondo de los bolcheviques hasta entonces. Había que sostener la República española, venderle armas y otros productos, mientras quedase un gramo de su oro en el Gosbank. Rusia vendió, en efecto, a los republicanos españoles material de guerra de todas las edades, modelos recientes de aviones y tanques (aunque nunca en gran abundancia), pero también cañones y otras armas que los expertos databan de los lejanos tiempos de la guerra de Crimea o poco menos, verdaderas piezas de museo balístico (ésta sí más abundantes que las modernas). Les vendía también algún cargamento que otro de trigo putrefacto, pero había que cargar con él para que no se ofendiesen los proveedores.

La guerra española como diversión estratégica

Pero se cometería un craso error pensando que la intervención rusa en España fué sólo un gran negocio comercial. Fué también un gran negocio político y estratégico. Rusia se presentaba ante el mundo como la única potencia que socorría al gobierno constitucional de una República desamparada. Gran tema de propaganda comunista en todos los países: Rusia era el único Estado que defendía una democracia contra la agresión del fascismo internacional. De añadidura se daba a entender, cuando no se pregonaba audazmente, que la ayuda soviética era gratuita, absolutamente desinteresada. Yo fuí el primero que en 1937 cometió la indiscreción de decir públicamente, en una conferencia dada

en Barcelona, que el material enviado por Rusia se pagaba espléndidamente con el oro español depositado en aquel país. Algunos comunistas pidieron entonces que se me procesara por esa causa, que para ellos era un delito de alta traición o algo semejante.

Se engañaba también al propio pueblo ruso, haciéndole creer que lo que se enviaba a España era exclusivamente el fruto del sacrificio de los trabajadores soviéticos. El conde de Schullenburg, embajador alemán en Moscú, en un despacho del 21 de diciembre de 1936 a su gobierno, hace historia de las diversas fases por que pasó la propaganda interna del gobierno soviético en favor de la República española. Hasta fines de agosto de ese año hay grandes manifestaciones y mítines de solidaridad con los republicanos españoles y se hacen colectas entre los asistentes. Para el 6 de agosto se habían recaudado 12.145.000 rublos, y el consejo central de los sindicatos soviéticos pide en ese día al Gosbank que ponga a disposición de Giral, jefe entonces del gobierno español, el equivalente de esa cantidad en francos franceses, o sea, 36.435.000. (¿Llegarían a su destino?) En septiembre y octubre, las recaudaciones « espontáneas » o « voluntarias » se hacen de otro modo : cada mes se deduce una cuarta parte del salario de un día de todos los trabajadores y en todas las fábricas. Para el 27 de octubre se habían reunido por este concepto 45.595.318 rublos, que no se remiten ya en dinero, sino en artículos de comer y vestir.

A partir de esa fecha, los periódicos rusos no vuelven a hablar nunca de mítines, colectas y donativos para la España republicana. Al parecer ya no era necesario impresionar, de rechazo, con esas pruebas de simpatía del pueblo ruso, al gobierno de la República española. El convenio sobre el traslado del oro a Rusia debió estar ya firmado para esas fechas y el cargamento a punto de salir para su destino. El 16 de noviembre de 1936, el cónsul alemán en Odesa informa a su embajada en Moscú, entre otras cosas, de dos buques llegados a aquel puerto, se presumía que extranjeros y cuyos nombres no se habían podido averiguar. « Ambos barcos — agrega el cónsul — fueron cargados y descargados casi siempre de noche y bajo una guardia particularmente fuerte. Se conjetura que probablemente lo descargado era oro español u otros objetos de valor. En realidad se me ha dado una cifra sobre la cuantía de ese oro, o sea, 70 toneladas. » Se equivocaba el cónsul en 440 toneladas de menos, pues ya dije más arriba que el total fueron 519 toneladas. Pero hay que reconocer que el espionaje nazi tampoco se dormía, como el dragón del vellocino de oro.

Volviendo al informe del embajador alemán

en Moscú, su conclusión es la siguiente : « Los hechos sobre las manifestaciones de simpatía, las colectas de dinero y los llamados embarques de alimentos para la España Roja son bien conocidos. Fuera de eso, toda ayuda le es ocultada cuidadosamente al público y se mantiene secreta » (2). No se le podía decir la verdad al pueblo ruso : que su gobierno vendía armas a los republicanos españoles al contado y con un oro dado en depósito. Le hubiera parecido una indignidad después de tantas alharacas de solidaridad ideológica y humanitaria. Tampoco se le podía decir que eran un regalo del gobierno, porque entonces le hubiera parecido excesivo duplicar el obsequio con colectas y descuentos del salario. No había más remedio que callar en Rusia y fomentar fuera de ella el mito de la magnificencia y el altruismo soviéticos, para que no creyese el mundo que Stalin era un vulgar Sancho codicioso de una ínsula o un Potosí, sino el propio Don Quijote, redivivo en Rusia, que acudía a combatir filantrópicamente por los maltrechos republicanos españoles.

Además de la venta de armas y de la propaganda comunista, la intervención rusa tenía otra finalidad aún más importante. España servía de campo experimental a la aviación y las armas de fuego italoamericanas. Stalin no quiso ser menos y entró en aquel torneo internacional de armamentos rivales. Al mismo tiempo, los rusos daban ocasión a que las potencias fascistas viesen y midiesen el poder militar de la Unión Soviética y calculasen las ventajas y desventajas de tenerla como amiga o enemiga. Probablemente ya para entonces soñaba Stalin en el pacto rusoalemán de 1939 y su intervención en España era, en buena dialéctica política, el primer envite, por antitesis, a aquel pacto. Además, y de momento esto era lo más importante, Stalin veía en la guerra de España una desviación estratégica para Hitler. Mientras Hitler estuviese ocupado en la distante España, gastando de paso su material bélico, Stalin nada tenía que temer en sus fronteras. A Rusia le convenía, pues, evitar que la República española fuera derrotada demasiado pronto, prolongar la guerra todo lo posible.

Sobre esto último hay un testimonio de primera mano. Lo cita Alexander Orlof, agente de Stalin. Orlof fué enviado a España en septiembre de 1936 y estuvo allí hasta el 12 de julio de 1938, en que rompe con el gobierno soviético.

(2) « Germany and the Spanish Civil War », Volumen III de los « Documents on German Foreign Policy 1918-1945 » (Londres, 1951). N° 126 el informe del cónsul alemán en Odesa y N° 159 el informe del embajador alemán en Moscú. En adelante citaré este libro como « Documents ».

tico y se refugia en América. Según Orlof, el general N. (otro agente ruso de servicio en España) hizo un viaje a Moscú poco después de ser ejecutados en junio de 1937 el mariscal Tujachevsky y otros altos jefes del ejército ruso. El general N. era amigo de Vorochilof, comisario de la Defensa, y le alarmaron mucho unos rumores llegados a España de que Vorochilof estaba detenido. No resultó cierto. Ya en Moscú, el general N. trató de ver a Stalin para darle cuenta de la situación en España. Vorochilof le prometió gestionar aquella entrevista y acompañarle; pero el dictador no quiso recibirlos.

« N. — cuenta Orlof — regresó a España menos nervioso, pero no se había tranquilizado del todo. Lo primero que me dijo fué que el Politburó había adoptado una *nueva línea* respecto a España. Hasta entonces la táctica había sido ayudar lo más posible al gobierno republicano con armas, pilotos soviéticos y tanques, para conseguir una rápida victoria contra Franco. Pero, pensándolo mejor, el Politburó había llegado a la conclusión de que los intereses de la U.R.S.S. exigían que ninguno de los dos bandos ganase la guerra de un modo aplastante, sino que la guerra de España durase mucho tiempo, para que Hitler se gastase allí lo más posible. Todas las instrucciones militares que el general N. llevaba de Vorochilof se basaban en esa decisión del Politburó. Tanto a N. como a mí nos causó mala impresión ese plan maquiavélico que, en su deseo de ganar tiempo, no le importaba que el pueblo español se desangrase » (3).

Naturalmente, el Politburó, como todo el partido comunista, como el mismo Estado soviético, no eran más que seudónimos de Stalin. La *línea* en España tampoco era nueva. Stalin debió concebirla desde el primer momento de su intervención. Lo nuevo era que, a mediados de 1937 dió orden al Politburó de que esa *línea*, hasta entonces secreta, se la comunicara a los agentes en España, para que no extremasen su celo en favor de la causa republicana, no fuera Franco a ser derrotado antes de que se agotara el oro y antes de que Hitler no estuviese bastante debilitado o fatigado de la guerra española para aceptar el diálogo a que había de invitarle Stalin, como luego veremos. Había que dosificar hábilmente la guerra de España.

Por qué cayó Caballero

Para llevar a cabo esa política sutil y complicada, había que controlar el gobierno republicano, no fuera a hacer una paz prematura con

Franco o una paz separada con sus protectores alemanes e italianos, y de esto último ya hubo algunos intentos. Para muchos republicanos, la única posibilidad de vencer a los facciosos españoles era « comprar » la retirada de Hitler y Mussolini. La idea no tenía nada de quimérica, como se vió por ciertos sondeos que se hicieron cerca de un embajador italiano y de un alto personaje de las finanzas alemanas que estuvo en París. Todo era cuestión del precio. Sobre las tentativas en ese sentido tengo datos precisos que algún día se conocerán. Y que la idea era viable lo vemos ahora plenamente confirmado a posteriori al leer los copiosos documentos del ministerio alemán de Relaciones Exteriores, capturados y publicados por las potencias vencedoras en la segunda guerra mundial, en los cuales Hitler y Mussolini no ocultan su reiterado deseo de abandonar su intervención en España cuanto antes. Me limitaré a repetir unas palabras de Hitler, dichas el 6 de abril de 1938, que transcribí en mi artículo del número 23 de *Cuadernos*: « No estaría nada mal que pudiéramos retirar (de España) nuestras tropas y sobre todo nuestras fuerzas aéreas (...). Ya lo hemos intentado varias veces » (4).

Lo que más ataba a los dos dictadores nazi y fascista en España, después de las efusiones ideológicas de los primeros días, eran los créditos por material de guerra concedidos a Franco y la necesidad consiguiente de que éste ganase la guerra, pues si la perdía, se perdían también los créditos. Pero, después de todo, según uno de los documentos diplomáticos alemanes, el gasto total de Alemania en España no llegó a 500 millones de marcos (5), la cuarta parte del oro español confiado a Rusia. No creo que el de Italia fuera más. Si el gobierno español hubiera podido disponer libremente en todo tiempo de su oro como prenda de negociación, las posibilidades en cuanto al curso ulterior de la guerra eran incalculables. Pero una vez situado el oro en Moscú, la guerra y la paz no dependían ya de los republicanos españoles, sino de Stalin.

También dependían de Stalin los gobiernos de la República española, como lo prueba la caída de Largo Caballero en mayo de 1937, provocada por la dimisión de los dos ministros comunistas en el gobierno de coalición en que estaban representados todos los partidos políticos y los sindicatos socialistas y anarquistas. No se le derribó para reemplazarle por otro gobierno comunista más o menos embozado. A Stalin no le interesaba montar un satélite soviético en España: un gobierno de coalición republicana, controlado por los agentes de Moscú, le servía

(3) Alexander Orlof: *Historia secreta de los crímenes de Stalin*, Barcelona, 1955, pág. 254-5.

(4) « Documents », N.º 559, página 892.

(5) « Documents », N.º 783, página 892.

mejor para sus fines de guerra. Largo Caballero era demasiado independiente para prestarse a esa política.

Me consta que los sondeos cerca de Italia y Alemania, a que aludo más arriba, llegaron a conocimiento del gobierno ruso. ¡Cómo! ¿Gestionar la retirada de alemanes e italianos a comienzos de 1937? Eso era una traición. Ciertamente era una traición a los intereses de Stalin. Había que cortar por lo sano, desalojar del gobierno a Largo Caballero, a quien se le suponía probablemente el autor y el animador de aquellos peligrosos tanteos diplomáticos. No lo era; tuvo conocimiento de ellos y le parecieron interesantes, como al Presidente Azaña, informado también: pero no se les dió curso. Se le eliminó por creer que quería alejar a Hitler y Mussolini de los campos de batalla españoles. Eso, acortar la guerra, era un crimen contra Stalin. Yo tengo el firme convencimiento de que eso fué la causa determinante de su caída. Tampoco debió ser extraña la consideración de que, desplazando del gobierno al firmante español del convenio sobre el depósito del oro en Moscú, se anulaban sus derechos a seguir interviniendo en este asunto, con lo que se simplificaba la cuenta hispano-rusa del Gosbank. El control del oro de España y el control de la guerra española: esos fueron los dos polos en que giró la intervención de Stalin.

La retirada de Stalin de España

Hay un momento en que Stalin decide retirarse de la guerra en España. ¿Cuándo y por qué? Sobre el cuándo carecemos de datos directos. Los archivos rusos permanecen herméticamente cerrados para los extranjeros. Tengo noticia de que Negrín preparaba unas memorias sobre su gestión durante la guerra, pero al parecer su muerte no le dió tiempo de terminarlas. En su archivo, como en el de Méndez Aspe, su ministro de Hacienda, debe estar la documentación más importante para conocer la historia secreta de la guerra española. Ignoro lo que los actuales poseedores de esos documentos piensan hacer con ellos. Es de esperar que algún día vayan a los archivos públicos de España, a los cuales pertenecen por derecho propio. Entre tanto, habrá que conformarse con los datos indirectos y escasos que puedan espigarse aquí y allá.

Nunca, durante toda la guerra, el gobierno republicano tuvo armamento ruso suficiente, debido sin duda a la táctica de dosificación que, como vimos más arriba, seguía Stalin. Pero hay tres períodos en que la inferioridad del armamento republicano, comparado con el faccioso, presenta caracteres trágicos. En la ofensiva del

general Franco durante los meses de abril a julio de 1938, la relación de fuerzas era la siguiente: cañones medios y pesados, 1 de los republicanos por 8 a 10 de los rebeldes; cañones ligeros, 1 por 5 a 6; aviones de bombardeo, 1 por 10; aviones de caza, 1 por 8. En la contraofensiva del Ebro, del 30 de julio al 15 de noviembre de 1938, la desproporción se agrava aún más: cañones medios y pesados, 1 por 12 a 15; cañones ligeros, 1 por 7 a 10; aviones de bombardeo, 1 por 15; aviones de caza, 1 por 10 (6).

En el libro que acabo de citar, Alvarez del Vayo relata una escena lastimosa y característica de la situación. El 23 de diciembre de 1938 había comenzado la ofensiva de Franco que acabaría con la pérdida de toda Cataluña y virtualmente con la guerra misma. El general Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor republicano, había convocado en su cuartel general a Negrín, jefe del gobierno, y a varios altos jefes del ejército. Se discutió el modo de cerrar las brechas que el enemigo iba abriendo en aquel frente. Uno de los generales propuso varios desplazamientos de tropas. « Por fin —dice Vayo— alguien hace la temida pregunta: —¿Cuántos fusiles tenemos en conjunto? —37.000 para todo el ejército de Cataluña —es la réplica—. Era inútil seguir discutiendo » (página 276 del libro citado). Según el mismo autor, he aquí la desproporción entre las fuerzas leales y rebeldes en las diversas fases de aquella ofensiva final: aviones, 1 por 10 a 20; artillería pesada, abundante en el campo faccioso y ninguna en el republicano; cañones ligeros, 1 por 20 a 30; tanques, 1 por 30; armas ligeras, 1 por 10. El autor supone que la inferioridad en municiones y granadas era mucho mayor (página 277).

Estas cifras, aducidas para demostrar la impotencia del ejército republicano y la inevitable pérdida de la guerra en tales circunstancias, representan, por otra parte, el cargo más abrumador que se puede hacer sobre la intervención rusa. De ellas se desprende que la República española perdió la guerra por falta de armamento. ¿Por qué no lo enviaba Rusia? No sería porque se hubiera gastado enteramente el oro español en Moscú. Ya vimos que el gasto total de la ayuda alemana a Franco, mucho más voluminosa que la rusa a los republicanos, como se comprueba por las cifras que acabo de citar, no llegaron a 500 millones de marcos, apenas la cuarta parte del oro español en el Gosbank. Se ha querido explicar que el aflojamiento en los suministros rusos empezó en diciembre de 1936, con motivo de un buque soviético torpedeado entonces por

(6) Tomo estos datos, nada sospechosos por la fuente, de otro libro de Julio Alvarez del Vayo: *Freedom's Battle*, Nueva York, 1940, página 190.

los submarinos italianos en el Mediterráneo, lo que determinó que a partir de aquella fecha cesaran los transportes directos por mar entre Rusia y España. En lo sucesivo se desembarcaban en un puerto francés de la costa occidental y de allí iban a la frontera francesa lindante con Cataluña ; pero esa frontera fué siempre reacia a este tráfico de guerra.

Los hechos no parecen concordar con esta tesis. Después de la fecha mencionada, muchos barcos soviéticos hicieron viajes a España y muchos otros de diversas nacionalidades llevaron carga a los puertos españoles republicanos. La insuficiencia de armamento soviético en el campo republicano desde mediados de 1938 y la carencia casi absoluta a fines de ese año, como hemos visto, no se pueden explicar por las dificultades en el transporte por vía marítima, que nunca fueron insuperables ni mucho menos.

En 1938 ocurren dos hechos que debieron sorprender y alarmar vivamente a Stalin. En marzo, Hitler se apodera de Austria y en septiembre Inglaterra y Francia le reconocen en Munich el derecho de anexar los territorios Sudetes de Checoslovaquia. Stalin comprende que se había equivocado en sus previsiones : la guerra de España no había bastado para detener a Hitler en su programa de expansión hacia el Este. Obsérvese que entre esas fechas fatídicas, marzo y septiembre de 1938, es cuando se acentúa en proporciones ya catastróficas la inferioridad del armamento republicano, que precisamente coincide con las dos grandes ofensivas de Franco en abril y julio de ese mismo año. No parece casual que el avance de Hitler por el Este de Europa fuera correlativo con la penuria de material de guerra en el ejército republicano. Es incluso posible que Hitler iniciara su ofensiva contra la Europa oriental pensando que ése era el mejor medio de obligar a Stalin a retirarse de España. En cualquier caso, Stalin se dió cuenta de que la partida española no tenía ya ninguna razón de ser. Su intervención no había podido sujetar a Hitler en España. Era, pues, hora de replegarse a sus fronteras, no sólo por motivos de seguridad, sino también con el deseo y la esperanza de propiciar a Hitler con una retirada que pondría fin a la guerra española y con ello dejaría al Führer en libertad completa para sus planes ulteriores sobre Polonia, que como luego se vió en el pacto ruso-alemán eran idénticos a los de Stalin.

No oculta Stalin su defección a la República española. Al contrario, tiene mucho interés en que sea conocida y sobre todo conocida por Hitler. De divulgarla se encargan, sin duda por orden suya, el periodista soviético Ilya Ehrenburg y el ministro ruso de Relaciones Exteriores Maxim Litvinof. De ello informa a su gobierno Schulenburg, el diligente embajador ale-

mán en Moscú, en un despacho del 20 de junio de 1938, tres meses después de la anexión de Austria (7). Hasta hace poco —cuenta Schulenburg— la prensa rusa trataba de presentar las perspectivas de victoria de la España Roja de la manera tan favorable como era posible. Sin embargo, el 17 de junio publicó el diario *Izvestia*, órgano oficial del gobierno, un artículo de Ilya Ehrenburg, remitido por telégrafo la víspera desde Valencia (España). En él reconoce francamente este corresponsal especial la gravedad en que se encuentra el gobierno republicano. Ehrenburg habla de la baja moral de las tropas y de la población y llama a los falangistas « los patriotas españoles del otro lado de la trinchera ».

Schulenburg interpreta este cambio en la prensa soviética como un indicio de que el gobierno ruso « cree posible un acuerdo entre los falangistas y los rojos españoles ». « Esto —prosigue el embajador alemán— lo confirman en cierto modo las declaraciones de Litvinof a Payart, consejero de la embajada francesa aquí, que recientemente volvió a Moscú después de estar destinado más de un año en Valencia. Según se dice, Litvinof declaró que el gobierno soviético estaría dispuesto a retirarse de España con esta condición : « España para los españoles. » Litvinof dió a entender con ello que un acuerdo entre los españoles era un compromiso aceptable, puesto que ello permitiría a la Unión Soviética liquidar la aventura española. »

La cosa no podía estar más clara : Stalin definía su nueva *línea* en la guerra de España, por conducto de sus voceros Ehrenburg y Litvinof, encargados de propalarla en la prensa y en los corrillos diplomáticos, para que el embajador alemán se enterase e informara a su gobierno, es decir, a Hitler, de tan interesante cambio de posición. Así se daban los primeros pasos para el pacto de no agresión y amistad entre Hitler y Stalin. Era mentira que los falangistas y republicanos españoles pensarán reconciliarse ; pero ese pretexto le servía a Stalin de hoja de parra para encubrir el impudor de sus móviles.

En otro despacho, fechado en Moscú el 5 de julio de 1938, Schulenburg aclara aún más la evolución de Stalin acerca de España (8). Refiriéndose a una conversación con Coulondre, embajador francés en Moscú, Schulenburg escribe a su gobierno : « En cuanto a la actitud de Litvinof y del Politburó y a las diferencias de opinión entre ambos, Coulondre hizo el siguiente relato, basándose probablemente en las impresiones recogidas en sus charlas con Litvinof. Al principio de la guerra civil española, Stalin

(8) « Documents », N° 630, páginas 713-715.

(7) « Documents », N° 615, páginas 698-9.

y el Politburó permanecieron indiferentes. Sólo por presión de los comunistas extranjeros y especialmente de los comunistas franceses, se consideró el Kremlin obligado a ayudar a la España Roja en forma creciente, en primer término por temor a una defección de los comunistas extranjeros. Después que Stalin y el Politburó se decidieron por la intervención —quizá en contra de sus deseos—, quisieron que su intervención fuera coronada por el éxito. Se comprende que, aunque sólo fuera por razones de prestigio, no desearan ver derrotados a los Rojos. Mientras el Politburó se guiaba más por consideraciones de ideología y sentimiento al evaluar la guerra civil española, la actitud de Litvinof era políticamente realista y tenía en cuenta los intereses de la Unión Soviética como gran potencia. Desde el punto de vista de la política soviética, Litvinof consideraba que era mejor retirarse de la aventura española sin grandes pérdidas. En ciertas condiciones y sobre todo bajo la condición de « España para los españoles », Litvinof estaba dispuesto al parecer a aceptar un acuerdo entre los dos bandos españoles. »

« M. Coulondre —prosigue Schulenburg en su luminoso informe— piensa que Litvinof tendrá pronto éxitos en lograr que el Politburó acepte sus opiniones realistas. El juicio de M. Coulondre lo confirman en cierto modo las declaraciones que hizo Litvinof acerca de la cuestión española en su notorio discurso del 23 de junio sobre política exterior. Litvinof declaró que los intereses vitales de Inglaterra y Francia estaban amenazados en España por Alemania e Italia. Era de esperar por lo tanto que Inglaterra y Francia defendieran sus posiciones amenazadas en España contra Alemania e Italia. El gobierno soviético sólo había prestado al gobierno español la « modesta » ayuda que la Sociedad de las Naciones había recomendado. Las observaciones de Litvinof relativas al comité de no intervención tenían por objeto también dar la impresión de que para el gobierno soviético no existía en España ningún interés como potencia, en contraste con Inglaterra y Francia. De la manera en que Litvinof pinta el problema español, *sine ira et studio*, como una cuestión que no afecta al gobierno soviético directamente, se puede concluir que el gobierno soviético cree más bien improbable una victoria de los Rojos españoles y que por consiguiente considera mejor preparar al público para tal resultado y para que se desembrolle la Unión Soviética. »

También esto estaba muy claro : Stalin, por boca de Litvinof, cantaba la palinodia por la « modesta » ayuda prestada a la República española, nada más que por presión de los comunistas extranjeros y sin salirse de las recomendaciones puramente formularias de la Sociedad de las Naciones. Litvinof, o sea, Stalin trataba

de tranquilizar y propiciar ante todo a Hitler : Rusia no había intervenido en España por ningún interés como gran potencia y daba ya por liquidada la aventura : « España para los españoles ». En suma : pelillos a la mar y borrón y cuenta nueva. No echaría Hitler en saco roto estas insinuaciones apaciguadoras de Stalin. Después de estas declaraciones públicas y privadas, siempre realistas, nunca ideológicas o sentimentales, de Litvinof, cuidadosamente transmitidas por el perspicaz Schulenburg para que se enterase Hitler, no aparecen más documentos diplomáticos alemanes acerca de la intervención rusa en España. No hacían falta más. Un silencio profundo envuelve a los hombres del Kremlin.

Stalin tiende la mano a Hitler

Ese silencio sepulcral lo rompe al fin, no ningún mandadero de Stalin, como en otras ocasiones, sino Stalin mismo. El 10 de marzo de 1939, Stalin pronuncia en el decimotercer congreso del partido comunista ruso un discurso cuyos efectos tuvieron la mayor transcendencia en la historia contemporánea. El dictador soviético pasa revista a la situación internacional. Ya había caído Cataluña, pero aún estaba en pie Madrid, a punto de dar la última batalla de la guerra, no contra los facciosos, sino contra los comunistas, por considerarlos tan enemigos o más que los primeros. Stalin no tiene una palabra para los vencidos ni dice una palabra sobre su intervención, sin duda por aquello de que al buen callar le llaman Sancho.

Stalin habla de su política futura, tema principal de su discurso. Hasta entonces —explica— había hecho pactos de ayuda mutua con potencias no fascistas, con Francia y con Checoslovaquia (a la cual no ayudó cuando fué atacada por Hitler). En lo sucesivo está dispuesto a abrir los brazos a todo el mundo, independientemente de las ideologías respectivas. « Nosotros —declara solemnemente— abogamos por la paz y por vigorizar las relaciones comerciales con todos los países. Esa es nuestra posición y la mantendremos mientras estos países sostengan relaciones iguales con la Unión Soviética y mientras no intenten inmiscuirse en los asuntos de nuestro país. »

Palabras al parecer vagas e inocuas, como las que suelen decir los oradores políticos en sus discursos de propaganda. Pero eran más, mucho más que eso. Iban dirigidas a Hitler y el dictador alemán las entendió perfectamente, como veremos en seguida. Fueron, en realidad, el preludio del pacto que Rusia y Alemania firman el 23 de agosto de 1939, por el cual Hitler y Stalin acordaron, en un protocolo secreto, la partición de Polonia y la ocupación de los Es-

tados bálticos y la Besarabia por Rusia. Los dos dictadores negaron siempre la existencia de ese protocolo secreto, hasta que en 1948 lo publicó el gobierno norteamericano con otros documentos del ministerio alemán de Relaciones Exteriores capturados al término de la segunda guerra mundial. El Dr. Alfred Seidle (abogado defensor de Rudolf Hess y Hans Frank en el proceso militar internacional de Nuremberg) hizo una edición alemana de estos interesantísimos documentos (9).

Sobre la génesis del pacto rusoalemán de 1939 hay en la edición alemana de este libro dos testimonios de excepcional interés histórico. Uno es la declaración jurada que prestó el Dr. Friedrich Gaus, exsubsecretario del ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania, ante el citado tribunal de Nuremberg el 15 de marzo de 1946. Gaus fué testigo de la firma del pacto rusoalemán en Moscú y en su declaración reveló por primera vez la existencia del infame protocolo secreto, aunque no pudo presentar el documento probatorio. A continuación relató la escena siguiente durante la firma del pacto (página VII de la edición alemana) :

« Para completar mi declaración anterior añadiré que, mientras se sacaban copias de los documentos, se tomaron unos refrescos y en el curso de la conversación el señor Ribbentrop (ministro alemán de Relaciones Exteriores) aludió a un discurso pronunciado públicamente por Stalin en la primavera pasada (el del 10 de marzo), en el cual había un pasaje que, aun no mencionando en él a Alemania, Hitler lo entendió como si el señor Stalin hubiera querido indicar que el gobierno soviético consideraba como posible o deseable unas mejores relaciones con Alemania. El señor Stalin contestó con esta breve observación : —La intención era esa. »

Las palabras de Gaus las confirma con alguna variante otro testigo alemán de la ceremonia del pacto, Henckel, subsecretario del ministerio de Relaciones Exteriores, en una nota que dejó escrita sobre lo ocurrido en la noche del 23 al 24 de agosto de 1939 (documento n° 53 del libro citado). Estuvieron presentes Ribbentrop, Stalin y Molotof (que había reemplazado como ministro del exterior al judío Litvinof, probablemente como un gesto propiciatorio de Stalin al antisemitismo de Hitler). Después de firmado el pacto hubo interminables brindis como es uso soviético. Stalin brindó por Hitler con estas palabras : « Yo sé lo mucho que el pueblo alemán

quiere a su Führer y por eso yo desearía beber a su salud. »

El crimen estaba firmado, sellado y brindado. Nunca hubo otro tan perfecto en la historia. El 1 de septiembre, las tropas alemanas invaden la Polonia occidental. El 17 de septiembre, las tropas rusas hacen otro tanto con la Polonia oriental. El 29 de septiembre, los dos aliados se reparten amigablemente todo el país : era la cuarta partición de Polonia. El 30 de noviembre, Rusia ataca a Finlandia ; el 15 de junio de 1940, ocupa Lituania ; el 17 de junio, Letonia y Estonia ; el 28 de junio, Besarabia y el norte de Bucovina. Los frutos del pacto no podían ser más espléndidos para Stalin. El precio de ese botín fué la segunda guerra mundial, en que al pueblo ruso le tocó expiar también el crimen de su tirano. Sin el pacto, que le guardaba las espaldas, aunque sólo temporalmente, Hitler nunca hubiera osado atacar a Polonia y desencadenar una nueva guerra mundial.

Pero el pacto rusoalemán dejaba tras sí otros crímenes. Sin la intervención de Stalin en España, que le incubó, ese pacto tampoco hubiera sido posible. En la guerra española Stalin vió, desde el primer momento, la gran ocasión, quizá la única, de entenderse con Hitler. Al mismo tiempo que hace un enorme negocio a costa de la República española, su intervención revela a Hitler el poderío militar soviético y, cuando llega el momento oportuno, la magnanimidad de Stalin abandonando la partida española a beneficio del Führer. La potencia soviética y la generosidad de Stalin, entregando España a Hitler y sus aliados, bien valían una alianza.

A los trofeos que el pacto le da a Stalin en la Europa oriental hay que añadir el balance que queda en España : una guerra que, dada la intervención italo-alemana, estaba perdida desde el primer momento y que Stalin prolonga todo lo que puede para consumir el oro y congraciarse con Hitler ; un millón de españoles muertos en esta guerra sin esperanza ; un país política y económicamente deshecho ; 2.500 millones de pesetas oro que en su mayor parte se embolsa Rusia a cambio de un armamento siempre insuficiente, y aún pretende el gobierno ruso que España le debe dinero ; otros 2.500 millones perdidos no se sabe cómo. En la historia de las grandes felonías entre Estados, difícilmente se encontrará otra que iguale a la de Stalin durante su intervención en España y con el fin supremo de ella, el pacto con Hitler. Pero sus sucesores, que hoy disfrutan de casi todas las conquistas de aquella felonía y que tan severos han sido, verbalmente, con la política interior de Stalin, no han dicho todavía ni una palabra para condenarla.

LUIS ARAQUISTAIN

(9) « Die Beziehungen zwischen Deutschland und der Sowjetunion 1939-1941 ». (« Las relaciones entre Alemania y la Unión Soviética. Documentos del ministerio de Relaciones Exteriores. Editados por el Dr. Alfred Seidle. Tubinga, 1949 »).

plantea a su vez y por eso se le llama "problema" y no "tema". El problema es el objeto de la investigación y el tema es el objeto de la enseñanza. El problema es el objeto de la investigación y el tema es el objeto de la enseñanza. El problema es el objeto de la investigación y el tema es el objeto de la enseñanza.

En la edición de la revista "Cuadernos de Historia" se han publicado los trabajos de los autores que se mencionan en el artículo. Los trabajos de los autores que se mencionan en el artículo.

**ARTICULO PUBLICADO
EN EL NUMERO 29 (MARZO-ABRIL 1958)**

DE LA REVISTA

« CUADERNOS », DE PARIS

El artículo publicado en el número 29 de la revista "Cuadernos de Historia" de París, en el mes de marzo-abril de 1958, trata sobre la investigación de la historia en España. El artículo publicado en el número 29 de la revista "Cuadernos de Historia" de París, en el mes de marzo-abril de 1958, trata sobre la investigación de la historia en España.

En la edición de la revista "Cuadernos de Historia" se han publicado los trabajos de los autores que se mencionan en el artículo. Los trabajos de los autores que se mencionan en el artículo.